



1. PRÓLOGO

La fiebre del helio-3 y de la minería espacial se empezó a gestar cuando la humanidad hizo posible la primera fusión nuclear de la historia en un reactor terrestre: en ese momento, el abandono definitivo de las antiguas centrales nucleares de fisión, que ya estaban en un creciente desuso por energías menos contaminantes, fue definitivo. La tecnología emergente no tardó en necesitar grandes cantidades de helio-3, un isótopo muy escaso en la Tierra. Los científicos encargados de resolver el problema alzaron su mirada al satélite vecino, donde conocían que las reservas acumuladas en su superficie, gracias a las investigaciones efectuadas a partir de las muestras que recogieron las misiones del programa Apolo que llevó a cabo Estados Unidos durante la década de los años 60 y la primera mitad de la década de los 70 del siglo xx, podían abastecer la demanda energética mundial durante siglos.

Pero entonces surgió otro desafío: se necesitaba recolectar el regolito lunar y ser capaces de extraer el helio mediante un proceso industrial que se antojaba complejo. La ciencia y los intereses económicos ligados a la explotación de ese recurso desataron una fie-

bre similar a la del oro en el siglo XIX, que sirvió de detonante para la extracción del resto de materias primas que habían aguardado al ser humano en la profundidad del espacio, desde mucho antes de que ni siquiera se hubiera desarrollado la vida en la Tierra.

Superaron el reto a través de una carrera cruel por obtener la patente de la primera máquina capaz de recolectar helio-3 del regolito lunar. Este hecho, que ya de por sí tensionó el tejido productivo de la época, fue solo el principio de lo que vino después: una industria «heliolifera» despiadada que aterrizó en la Luna como las carabelas de Colón en el Nuevo Mundo. Tenían sed de recursos y ganas de recuperar su inversión, así que minimizando costes y valiéndose de capital humano necesitado, debido esencialmente al cambio de paradigma tecnológico al recurrir a la fusión y el terremoto laboral que esto había generado, en nombre de los estados soberanos de la Tierra comenzaron a colonizar el satélite que había brillado siempre en la oscuridad de la noche.

Le seguiría el planeta rojo, donde la lejanía lo condenó todavía más a una despiadada y olvidada colonización. La raza humana había iniciado su expansión interplanetaria, los recursos de la Tierra ya no le eran suficientes.

El sistema capitalista siempre había sabido aprovechar las grandes ocasiones de la historia y los conglomerados de empresas de seguridad privada no iban a ser menos. Vieron en el espacio una oportunidad de oro: hasta aquel entonces, habían hecho el trabajo sucio a países que debían poner orden en el patio trasero de sus intereses geopolíticos, pero ahora se les abría el negocio de la seguridad de la minería espacial, sin la necesidad de perecer bajo el fuego enemigo de cualquier grupo opositor. Un poder enorme, la custodia del combustible que ahora movía no solo a la Tierra, sino al resto del sistema solar.

Al principio, la pugna entre las empresas de seguridad fue encarnizada, incluyendo algunos enfrentamientos armados que acabaron en muertos, siendo estas escaramuzas apodadas de manera coloquial como «las guerras privadas», que oficialmente no pasaron de acusaciones entre multinacionales, que la inmensidad del espacio delegó a una ley ancestral: la del más fuerte. Después de años de juego sucio, asesinatos y el establecimiento de una red de corrupción clientelar, el superviviente dejó claro su nombre: Red Water. La organización llenó el sistema solar de fuerzas del orden que no tardaron en apoderarse no solo de la seguridad de las minas, sino de la explotación de los recursos, multiplicando sus ganancias de manera masiva en detrimento de la seguridad de los trabajadores.

La compañía era comandada por el veterano de guerra y posterior mercenario Fobh Os, el cual tenía a cargo la seguridad de la extracción del regolito lunar y marciano. El multimillonario contrato del planeta rojo se rumoreaba que lo había conseguido gracias a la «mediación» del gobernador de Marte, su hermano menor Deimy Os. La multinacional hacía lo que muchas otras ya habían realizado en el pasado: el gobierno de la Tierra se «ahorraba» la mala fama derivada de la represión que desde hacía ya unos años se había convertido en habitual en la Luna y en Marte, siendo en este último de una magnitud importante debido a la explotación e inseguridad laboral y a la lejanía de este planeta respecto a la Tierra, que lo hacían una presa fácil para los intereses de Red Water.

Los mercenarios hacían el trabajo sucio sin que ningún emblema oficial ni público apareciera en sus distintivos. El negocio para ambas partes parecía perfecto salvo por una cosa: el poder económico y militar que se le había otorgado al conglomerado privado e indirectamente al gobernador del planeta rojo y al hermano de

este hacía que la Luna y principalmente Marte se hubieran convertido en una especie de repúblicas coloniales, donde imperaba la ley que los hermanos Os habían impuesto. A la Tierra, con sus 17.000 millones de habitantes, solo le importaban los recursos que esta oscura familia les proporcionaba y los medios de comunicación masivos se dedicaban a blanquear cuanto sucedía más allá de la atmósfera terrestre. Solo en algunos clubs sindicales y en regiones oscuras del metaverso social se podía conseguir información referente a la verdadera situación del extrarradio terrestre. Aunque la Tierra no se encontraba en la misma situación de tensión social que Marte o la Luna, la decadencia en la que llevaba sumida ya muchos años la había convertido en un polvorín para las revoluciones y los actos de insurrección, aunque el gobierno de turno se encargaba de manera eficiente de canalizar todo ese malestar en multitud de luchas sociales irrelevantes, que dividían a la población de la verdadera causa común: la lucha conjunta por los derechos.

Marte, ese punto rojo en la inmensidad del espacio, tenía un futuro incierto y la Luna, el cuerpo celeste habitado más cercano a este, corría el peligro de contagiarse. Red Water era la plaga y los trabajadores del sistema solar quienes la padecían. Sin un remedio para contenerlos, el sistema solar correría irremediablemente hacia la represión y la explotación, atrapado en un viaje al pasado más oscuro de la humanidad.



2. DE PERMISO EN LA TIERRA

La habitación de Kavi empezaba a pintarse con los colores del amanecer, transformando el reflejo de la luz que entraba por la ventana en un bonito pincel de tonos pastel. El sol le calentaba la cara y la todavía tenue iluminación del astro rey le devolvía a la orilla del mar de cualquier verano pasado.

—Buenos días, señor, es hora de levantarse. —Y siguiendo las instrucciones para las cuales había sido enseñado, el asistente hizo sonar progresivamente la partitura de *La Cabalgata de las Valquirias*, de Wagner.

Le quedaba un día más de permiso en la Tierra hasta volver de nuevo a la Luna, donde trabajaba en las minas de helio-3 y de manera simultánea en el Servicio Espacial de Extinción de Incendios y Salvamento de Personas. Su horario laboral se repartía en catorce días de trabajo mensuales de doce horas, de los cuales siete se dedicaban íntegramente a la extracción del regolito lunar para su posterior refinado y procesado, y las siete restantes en el cuerpo de emergencias. Cada dos meses, podían disfrutar de dos semanas de permiso.

El motivo por el cual los mismos mineros formaban parte del sistema de rescate era debido al vasto conocimiento de la superficie lunar y de las canteras acumulado por los trabajadores desde tiempos venideros, ya que ellos habían sido los primeros ciudadanos de la Luna después de los astronautas y científicos que hicieron posible las colonias en el satélite vecino.

Aunque los sistemas de posicionamiento lunar funcionaban perfectamente como lo hacían en la Tierra, la estructura de las colonias y las grutas subterráneas hacían que el conocimiento personal de los mineros fuera esencial en momentos de emergencia.

Poco a poco se fue sacudiendo la pereza como lo hace un perro húmedo al salir del agua, se puso las zapatillas de andar por casa que le había regalado su madre y comenzó a asearse mientras tarareaba el hilo musical que el asistente hacía sonar. Había quedado con su novia para desayunar en una cafetería bonita, de esas a la que los fans de las redes sociales (su pareja era una de ellas) iban incluso sin que les gustara el café, por el mero hecho de demostrar que el mismo local del multiverso en el que vivían la otra parte del tiempo también existía en la vida cotidiana. Se había vuelto una tendencia social «sincronizar» el mundo real con el multiverso social. Y es que prácticamente todo lo que existía en el mundo cotidiano, existía en el mundo virtual de la red social. Había parcelas digitales que incluso se habían vuelto más inasequibles para los bolsillos de cualquier ciudadano medio que el lugar más caro de la Tierra. ¿Por qué? Pese a no existir de manera física, la gente se relacionaba de igual modo y simulaba hacerlo. Además, podías exhibir tu negocio directamente a los 17.000 millones de personas que habitaban la Tierra sin la necesidad física y limitante de viajar hasta ese mismo lugar.

Como no tenía mucho tiempo, se dirigió rápidamente al cuarto de baño, cogió su máquina de afeitar dispuesto a rebajarse la

barba y, mientras se observaba en el espejo pensativo, aún con el recuerdo del sueño en el cuerpo, se planteó si realmente era feliz con la vida que vivía o si simplemente había acampado en la zona de confort. Se veía en una relación cómoda, pero que no acababa de funcionar y a la vez añoraba aquellos tiempos en los que era libre y luchaba, a su modo de ver, por un universo mejor. En su propio reflejo evocaba cómo en la Escuela de Minería y Rescate Espacial, o EMRE, junto con su gran amigo Amit Martins hablaban de revolucionar el sistema solar tomando una cerveza en el pequeño club sindical que ellos mismos habían fundado. Fueron tiempos maravillosos, donde la ilusión de haber entrado en la EMRE se entremezclaba con las ganas de viajar a la luna que había visto brillar en la noche desde que era tan solo un niño.

Por suerte, una parte de aquellos años había retornado, ya que Amit Martins había vuelto del planeta rojo sin previo aviso, y, como en los viejos tiempos, compartían su día a día, aunque esta vez durante su jornada laboral. Amit no hablaba sobre el porqué de su vuelta, pero lo cierto era que lo había hecho de manera precipitada y sin dar muchas explicaciones. ¿Qué le había pasado para acelerar de esa manera su vuelta? Tenía en la cabeza grabada la respuesta de su gran amigo ante la pregunta de por qué había regresado de manera tan precipitada: «Marte se ha vuelto peligroso, es mejor que no sepas nada por el momento». ¿Cómo era posible que ese secreto que guardaba en su interior fuera tan poderoso como para saltarse la confianza que existía entre ellos? La enigmática respuesta de Amit le estaba carcomiendo las entrañas, como las termitas acaban con la madera del tronco de un árbol.

Con el piloto automático puesto, sin ser consciente de que se había rasurado ya la barba, se lavó la cara con agua fría y se dijo:

—«Marte se ha vuelto peligroso» —repitió en voz alta, y con gesto de resignación cogió la toalla para secarse la cara.

Removió entre la ropa que se acumulaba en el reclinatorio del comedor y encontró los tejanos grises que ya llevaba ayer. En la siguiente intentona se hizo con una camiseta de color caqui y, después de buscar en el cesto de la ropa limpia unos calcetines y ropa interior, se dio por «arreglado».

Mientras se colocaba las zapatillas, haciendo valer su Interfaz Neural, solicitó transporte para poder ir hasta la cafetería Blue Horizon. Al poco tiempo, escuchó la voz de su segunda conciencia, confirmando que un transporte autónomo llegaría en apenas cinco minutos. Aprovechó para seleccionar en su IN la librolícula que estaba disfrutando durante los últimos días, salió fuera y justo al cerrar la puerta miró hacia el mar que tanto le había ayudado en sus horas bajas. Se quedó mirando el horizonte fijamente, perdido en sus pensamientos, hasta que el aviso de que el transporte ya había llegado lo devolvió a la realidad.



Mientras el vehículo se desplazaba hasta el Blue Horizon, se repetía las preguntas y las acciones que debía tomar si quería volver a ser quien era. Tantos años de hibernación le habían dejado con el síndrome del ave al que habían acostumbrado a alimentar y que, pese a tener la puerta de la jaula abierta, era incapaz de escapar.

Cuando se quiso dar cuenta, el vehículo había llegado ya a su destino. En ese momento, una súbita indignación consigo mismo le invadió, porque al igual que el coche le había llevado allí prácticamente de manera automática, su cerebro le había transportado a ese sitio sin percatarse del viaje. Aceptó la solicitud de pago del transporte, salió del coche y se puso la chaqueta. En ese momento se dio cuenta de que no había prestado atención a la librolícula, no había sido capaz de concentrarse en las imágenes de la historia

que la aplicación de Inteligencia Artificial había generado a partir del libro, a pesar de que esta se había esforzado al máximo.

Se quedó unos segundos delante de la puerta del local, intentando ver a través del vidrio inteligente si su pareja había llegado ya. Al no verla, decidió entrar y esperar en la mesa más cercana a la ventana. Desde allí podía ver a los cargueros llegar desde el espacio con su preciada mercancía, mientras podía saborear el primer café de la mañana.

El Blue Horizon era muy popular entre los pilotos de los cargueros, ya que muchos desayunaban allí antes de iniciar o terminar su jornada. Se caracterizaba por ser el último edificio puramente civil antes de las lanzaderas espaciales, con grandes ventanales que dejaban ver el bonito espectáculo en el que se había convertido el trasiego de mercancías. Era como estar en un puerto marítimo, donde las naves no partían en el plano horizontal, sino que lo hacían verticalmente, dejando un bonito espectáculo de luces y humo resplandeciente tras de sí.

Kavi se quedó mirando la reentrada de una de las naves fijamente: al principio se asemejaba a un cometa que se acercaba a la Tierra. De hecho, pensó que cualquier antepasado suyo hubiese pensado eso, que una roca de un tamaño considerable, quién sabe si por un castigo divino, estaba cayendo apresuradamente sobre la Tierra.

Progresivamente la nave reutilizable iba encendiendo sus propulsores para hacer disminuir la velocidad y compensar la trayectoria, hasta obtener una posición totalmente perpendicular a la zona de aterrizaje, y entonces en ese preciso instante aparecía la magia: contra todo pronóstico, el vehículo espacial acariciaba el suelo con la sensibilidad que lo hace un enamorado sobre su pareja.

«Capaces de lo mejor y de lo peor», se dijo a sí mismo en una especie de definición privada de la humanidad. «¿Qué te habrá hecho volver, Amit?», se preguntó, como si el aterrizaje de la nave le hubiera recordado a la vuelta de su compañero. «Espero que no te metieras en ningún lío».

En ese momento, su Interfaz Neural le hizo saber que el dueño del local le estaba pidiendo permiso para hablar con él.

—*Permiso concedido* —se apresuró a decir.

—*Buenos días, estimado cliente, el local Blue Horizon le da la bienvenida. Siguiendo el protocolo del Ministerio por la Protección de las Costumbres Pre-Tecnológicas de la Humanidad, le informamos que tan solo podrá usar su IN para indicarnos cuál será su elección de nuestra variada carta, así como si está esperando a alguien. El resto de interacciones entre nuestro personal deberá ser mediante el lenguaje verbal, siendo este el que sea de su agrado, por supuesto. ¡Relájese, disfrute y, sobre todo, sea feliz!* —le espetó la voz predefinida del local.

El Ministerio por la Protección de las Costumbres Pre-Tecnológicas de la Humanidad se creó para proteger a las personas de su propia dependencia digital. Se observó que a medida que el ser humano iba incorporando a sus vidas las capacidades que el mundo tecnológico producía, este presentaba casi de manera proporcional una serie de mermas tanto fisiológicas, cognitivas como a nivel interrelacional. Digamos que, a modo de ejemplo visual, sucedía algo parecido a lo que se podía observar en cualquier esquina de un parque nuevo donde la hierba se interpone entre dos partes pavimentadas sin delimitar: desde el momento en el que la zona es accesible, como por arte de magia, la hierba va desapareciendo para dejar paso a la tierra que hay debajo, formándose un camino exento de vegetación debido a la erosión que conecta ambos extremos en línea recta. El humano tiende a

escoger el camino más fácil, ¿por qué dar la vuelta alrededor de la esquina cuando nada impide tomar la ruta más rápida a través de la hierba? Siguiendo este mismo razonamiento, y aplicándolo al mundo tecnológico, ¿por qué una persona debía esforzarse en hacer vibrar sus cuerdas vocales cuando era mucho más fácil comunicarse mediante la IN con su homónimo? El uso indiscriminado de estos dispositivos había generado una especie de «epidemia» global, que se caracterizaba por el atrofiamiento de la lengua y las cuerdas vocales. Eso sin contar el aumento de trastornos mentales debido al contexto social y la falsa felicidad aparente que las redes sociales obligaban a mantener si no querías parecer un extraño, siendo el único que no mostraba lo maravilloso que era todo.

—*Buenos días, estoy esperando compañía* —contestó Kavi al camarero.

—¡Hola, cariño! Siento haberte hecho esperar —se apresuró a decir Marien con una sonrisa de oreja a oreja mientras se colocaba su melena caoba por detrás de la oreja con la feminidad que la caracterizaba.

—No te vi entrar, justo acababa de decirle al camarero que hasta que no vinieras no me atrevía a pedir nada... —contestó Kavi con un tono irónico mientras la besaba.

Pidieron el menú «Desayuna como en la Luna» y los dos comieron en medio de una conversación que acabó como siempre lo hacían últimamente todas, entre reproches por parte de una Marien que no quería que marchara tanto tiempo al satélite vecino y ante la indiferencia de un Kavi que no entendía el porqué de un apego que lo asfixiaba. A esa apatía natural en él cuando surgían estos temas se le añadía la vuelta de Amit, que lo apartaba todavía más de un diálogo que ya de por sí consideraba inerte. De hecho, mientras aguantaba el chaparrón por parte de su pareja, se le escapó en alto un «Marte se ha vuelto peligroso, es mejor que

no sepas nada por el momento», una acción que generó todavía más tensión por el hecho constatado de la disociación respecto al presente de Kavi.

Hacía ya un tiempo que los dos se encontraban siempre a la defensiva. Las mismas discusiones después de horas de charlas que no servían para nada. Acabaron de desayunar con cara de perros y el último día de Kavi en la Tierra pasó sin pena ni gloria, como tantos otros.



3. LA LUNA Y SUS COLORES

La nave de pasajeros estaba compuesta de una amalgama de personas que representaban todos los oficios que hacían posible la explotación de la Luna. Aunque apenas conocía a unos cuantos de los que allí se encontraban, Kavi era capaz de deducir cuál era la profesión de casi cualquier pasajero simplemente analizando la vestimenta que llevaban. Los estratos estaban bien diferenciados por cuatro colores: el gris, el verde caqui, el azul marino y el rojo anaranjado. Aquellos que trabajaban directamente o indirectamente en la recolección del regolito lunar o sus servicios derivados, llevaban monos configurables de tipo «estándar». Esto quería decir que cuando no estaban desempeñando sus trabajos habituales, se mostraban de un tono gris claro, cambiando este de color cuando se encargaban de ejercer su oficio: los operarios de máquinas pesadas presentaban un uniforme de color amarillo, a los que llamaban «avispas», con los puños y los tobillos cruzados con una franja de color negra, o los capataces de robots extractores (a estos les llamaban «faraones», pero no por que gozaran de privilegios especiales, sino por el séquito que comandaban), que